

A TI

A la persona que un día fuiste, a la que eres y a la que serás. A ti siempre, a ti todo. Siempre a ti.

Es curioso lo caprichoso que es el tiempo y las reminiscencias que trae.

Salgo del centro de especialidades agarrada de la mano de mi marido, este me da un beso y se despide porque tiene que volver al trabajo. Es una mañana calurosa de septiembre y mi ropa consiste en un bonito vestido blanco de flores rosas y fucsias, junto a unas sandalias y un bolso marrón. Comienzo a andar sin rumbo fijo, quizás me compre un helado. Andar siempre me ha relajado, me ayuda a ordenar las ideas y el helado es mi debilidad.

Acabamos de salir de la consulta de ginecología y me han confirmado que todo está bien. Mi fecha probable de parto es en marzo.

El mes de marzo siempre viene acompañado de nostalgia para mí, me recuerda a ella. A mi abuela, que nació un 31 de ese mes, hace 112 años.

“Mi pequeña, marzo es el mes de las burras, porque todas paren ese mes” me decía todos los años al acercarse su cumpleaños. A veces, son curiosas las cosas que quedan en nuestra memoria.

La recuerdo como una mujer bajita, morena de piel, con la espalda encorvada por el paso de los años. Siempre acompañada de su inseparable bastón, hasta que un ICTUS la postró en una silla de ruedas y la arrebató la memoria. Es entonces cuando comenzó a llamar a su hija madre y veía en mí una niña extraña que le daba de comer.

Antes del ICTUS no la vi con otro color que no fuera el negro, por más que me esfuerzo, no consigo que venga a mi mente ninguna imagen suya con un alivio de luto. Y a pesar de ello, tampoco logro hacerlo sin su preciosa sonrisa y su moño trenzado. Todavía puedo sentir sus grises cabellos entre mis dedos mientras la peinaba.

El verano sabe a ella, a su chocolate, a su armario secreto donde guardaba un montón de juguetes de mis primos que me parecían fascinantes, a las historias que me contaba antes de dormirme, al padre nuestro que me enseñó a rezar y a los cerditos que vi cómo traía al mundo y cuidaba con esmero.

La adoraba.

Mi madre no suele hablar de ella, creo que le causa mucho dolor su simple mención. El día que mi abuela murió, lo hizo en casa de mi madre. Recuerdo haber escuchado cómo se levantaba de la cama al despuntar el alba, por los lamentos de mi abuela que respiraba con dificultad.

Ante la mirada atónita de mi madre, cuando el médico llegó a casa, confirmó que se estaba apagando poco a poco y que las posibilidades que tenía de ver un nuevo amanecer eran nulas. ¡No se lo creyó!, a pesar de ser consciente del estado en que se encontraba desde hacía tiempo. Aun así, llamó a su única hermana de forma automática, sin ser consciente de lo que iba a suceder.

Cuando mi tía llegó a casa y mi abuela sintió su mano en una tierna caricia, supongo que se dejó ir, pues se oyó un estertor que me estremeció la piel, acompañado de un grito desgarrador de mi madre.

Yo contaba con 14 años y en ese momento me encontraba encogida agarrando mis piernas en una esquina de la habitación, mientras presenciaba la escena y

mi cuerpo convulsionaba, intentando apaciguar los gritos de dolor que luchaban por salir de mi garganta, y las lágrimas que recorrían mis mejillas descontroladamente. Fue la primera vez que vi llorar a mi madre, la primera vez que vi la muerte de cerca, y la primera vez que perdía a un ser querido.

Tras unos minutos que se me antojaron eternos, sacaron a mi madre de la habitación a rastras, para poder contener su dolor, y me dejaron sin darse cuenta a solas con el cuerpo sin vida. No me dio miedo, quería a mi abuela, sabía que ella nunca me haría daño y me quería despedir.

Siempre enfrenté de cara las situaciones complicadas.

Miré el cuerpo inerte descansar en la cama donde había pasado los últimos cinco años. Su cara no reflejaba dolor, ni angustia. La envolvía un halo de paz y descanso. Sentí que su alma se había ido a un lugar mejor. Ojalá ese lugar sea el paraíso donde ella siempre me decía que un día nos encontraríamos. Ojalá la vuelva a ver.

Inconscientemente llevo una mano a mi cuello, allí donde descansa un colgante que ella me regaló.

De repente, el sonido de mi teléfono móvil interrumpe mis pensamientos. Miro a mi alrededor y veo que he llegado a un parque. Me siento en un banco que se encuentra frente a una fuente coronada por un querubín. Saco el móvil de mi bolso, al mirar la pantalla veo que es mi madre.

-Cariño ¿Qué tal estás?, te ha llegado un paquete a casa, pásate cuando puedas a recogerlo.

-Sí, serán los pantalones que pedí por internet, esta tarde voy a por ellos. Gracias mamá.

-Luego nos vemos, te dejo que estoy liada hija.

-Vale, hasta luego.

Mi madre no sabe que estoy embarazada, a pesar de que he pasado la barrera de los tres meses. Todavía no se me nota. Así que, esta vez no voy a caer en el error de contarlo, esta vez no, ni siquiera a mi madre. No quiero que sufra.

Sé que no estoy bien, no me siento conectada con el pequeño ser que crece en mí. Me siento impotente y a la deriva. Siempre llevo una compresa conmigo y cada vez que voy al baño, miro mi ropa interior con miedo de que haya vuelto a suceder, con miedo de volver a ver sangre. A veces, me despierto por las noches y con dedos temblorosos, toco mis braguitas en busca de esa humedad, mientras intento no moverme mucho, para que mi marido no se dé cuenta. Sé que no es sano, pero no lo puedo evitar.

No he sido la única en la familia que ha sufrido un aborto. Cuando me sucedió se desveló ante mí la verdad en forma de confesiones. Confesiones, que habían sido acalladas y llevadas en silencio hasta ese momento.

Mi madre había sufrido dos abortos en las primeras semanas, antes de que yo naciese, me lo relató con todo lujo de detalles. Para ella fue sanador contarlo y a mí me ayudó que lo hiciese, pero sé que, de no haber pasado por algo similar, jamás hubiese conocido esa historia.

A mi abuela, a aquella mujer de la eterna sonrisa, se le murieron dos hijos. Os podéis imaginar cómo me sentí cuando me enteré. Uno nació muerto y el otro murió con tan solo ocho meses... ocho meses...

Según mi madre, ambas lloraron en silencio y tuvieron que escuchar cosas como que no valían para tener hijos, o que no estaría de Dios, mientras otras mujeres a su alrededor sonreían con sus pequeños retoños en brazos.

Me levanto del banco en el que me he sentado y me decido a comprar el helado. Hay una heladería cerca de donde me encuentro de la que me han hablado muy bien. A mi lado pasean juntas dos mujeres jóvenes, parecen dos amigas que se están contando confidencias, sonríen. A simple vista diría que son felices y no tienen preocupaciones. Me pregunto si eso sea verdad y si ellas puedan pensar lo mismo de mí.

Mi historia es una de tantas que ocurren a nuestro alrededor, pero que son invisibles a los ojos, que son silenciadas, que son tabú. Que a veces por eso mismo pesan como losas y duelen como puñales.

Mi primer embarazo fue muy deseado. Nunca había tenido un especial instinto maternal. Tengo amigas que desde pequeñas despuntaron con el deseo de ser madres, que siempre cuando jugábamos a mamás y a papás, se erigían como la mamá. Ese nunca fue mi caso. Yo como mucho deseaba ser la hija o el perro. Pero un día, así sin más, ocurrió algo en mí inesperado, llámalo la llamada de la naturaleza, reloj biológico... llámalo como quieras. Yo sólo sé que se despertó en mí una voz ancestral, algo animal, mucho más allá de toda lógica, que me hizo desear con todas mis fuerzas ser madre. Así que lo hablé con mi marido, al cual, tras la sorpresa inicial, no le pareció mala idea y puso voluntad en intentarlo

con todo su ahínco. Según él fue una de las mejores épocas de su vida, aunque corta. Desde luego, puedo asegurar que puso mucho más interés en ella que en arreglar una estantería que llevaba meses rota.

Aquella mañana me levanté de la cama de un salto y descalza fui corriendo al baño, mientras mis manos tropezaban con las paredes del pasillo. El día de antes había comprado un predictor. Tenía dos días de retraso y siempre había sido muy regular. Apenas había podido dormir. Quizás no me había bajado la regla por nervios, todo tipo de justificaciones pasaban por mi cabeza, pero, si soy sincera conmigo misma, en el fondo ya me veía embarazada y poco más que meciendo a mi precioso bebé entre mis brazos.

Cuando asomé la cabeza al predictor y vi las dos rayas... No cabía en mí de gozo. Llevé corriendo el artefacto a la cama y desperté a mi marido con la noticia. Se enteró él y también lo debieron de hacer todos los vecinos, porque los gritos de alegría se tuvieron que escuchar hasta en Pekín. Me sentía dichosa. Una vez leí que cuando se desea ser madre, ya lo empiezas a ser. Para mí así fue.

Desde el momento en que decidimos ser padres, un ritmo frenético en forma de vida saludable llegó a mi vida. Me compré un chándal y salía todos los días a pasear... con lo vaga que he sido siempre. Retiré la bollería y los refrescos de mi dieta, comencé a comer pescado, con el asco que siempre me dio y doné ropa que no usaba para hacer sitio en el armario. Todo por un hijo que sólo existía en mi imaginación.

Lo peor vino cuando vi el positivo, ahí una nueva mujer comenzó a gestarse. Todo un entramado en torno a lo maravillosa que es la maternidad fluyó en mi cabeza aceleradamente. Todos los días tocaba mi tripita protectoramente allí

donde una vida se creaba. La vida de mi pequeño. Me imaginaba paseando por el parque con él, abrazándolo, dándole un beso antes de dormir a una manita regordeta que me buscaba incansablemente. Hasta comencé a tejer una chaquetita y a escondidas la abrazaba por las noches.

Cuando llegaron las náuseas, los vómitos, el sueño... ¡No me importó!

A las seis semanas en el trabajo sentí una humedad extraña. Sin darle mayor importancia fui al baño y lo vi. Sangre roja que manchaba mis bragas y parte de mi pantalón. Me quedé perpleja, me encontraba bien. ¿Qué podía significar? Intenté tirar de memoria. Pensé en mis amigas madres, pero a ellas no les había pasado algo así, al menos que me hubiesen contado. ¿Y si acababa de abortar? ¡Nooo! aquello no podía sucederme a mí. ¿Qué me había dicho la matrona? Puff, no lo recordaba.

Comencé a moverme aceleradamente, todo lo que el reducido espacio me permitía. En el trabajo no había contado nada ¿Cómo me iba a ir de repente? Sin un motivo. Eso no era propio de mí. ¿Y si termino de trabajar y luego pienso qué hacer? Apoyé mi frente en los fríos azulejos de la pared del baño para intentar relajarme, las piernas apenas me sostenían y recé, recé como me enseñó mi abuela, recé para que todo aquello se quedase en un susto. No sé cuánto tiempo permanecí allí, pero cuando salí, tenía un objetivo.

Con toda la frialdad que pude me acerqué al despacho de mi jefe. Al entrar y cerrar la puerta tras de mí, le espeté:

-¡Creo que estoy abortando, me voy al hospital! -La sutileza nunca ha sido mi fuerte.

Se quedó pasmado, su cara era un poema de incredulidad y desconcierto. En otras circunstancias, quizás me hubiese hasta reído.

No podía dar más explicaciones, salí casi corriendo del despacho para coger mi bolso, e irme. Él salió disparado tras de mí, me pidió que esperase, apeló a mi sentido común, cogió uno de mis brazos con la intención de pararme. Es entonces cuando nuestras miradas se cruzaron. Debió de ver locura en mis ojos, al menos así me encontraba yo, enloquecida, porque no me siguió insistiendo.

Nada me hubiese detenido. No hubiese atendido a razones. Estaba fuera de mí.

Cogí con tanta fuerza el volante del coche que los nudillos se me quedaron blancos, no sé cómo llegué a urgencias, pero lo hice. Me atendieron rápido. Tenía un hematoma cerca del saco vitelino. Me indicaron reposo relativo, que yo interpreté como absoluto.

No me moví de la cama, hasta que me volvieron a realizar una ecografía. Apenas iba al baño, intentaba aguantarme el máximo tiempo posible. Mi marido tuvo que dormir en otra cama porque tenía miedo de que golpease mi barriga sin ser consciente.

No volví a sangrar, lo tenía todo controlado.

A los cinco días, cuando fui a revisión, el hematoma seguía ahí y encima había aumentado de tamaño. La ginecóloga me indicó que no me quedase en la cama, que llevase una vida tranquila.

Pasados dos días, de madrugada, sentí un líquido caliente y viscoso correr entre mis muslos que me despertó, de nuevo sangraba, esta vez, de manera más intensa.

Mi marido me llevó al hospital, pero no pudo entrar conmigo a urgencias porque todo esto coincidió con el COVID-19. Así que hice acopio de toda mi templanza. No estaba preparada para escuchar malas noticias.

Un matrócn sujetó mi mano con cariño, mientras introducían el ecógrafo para ver a mi bebé. Su expresión estaba relajada y me tranquilizó. Comencé a escuchar un latido, rápido, alto y fuerte y supe que seguía con vida. El hematoma seguía haciendo de las suyas. Pero si mi pequeño no se rendía, yo tampoco.

A pesar de las indicaciones de los médicos, empecé a salir menos de casa. Me daba miedo moverme. Iba del salón a la cama y de la cama al salón.

Mi madre me llamaba todos los días para saber los pormenores de mi evolución, yo sabía que estaba muy preocupada, aunque intentaba no mostrármelo.

A los cuatro días estaba en el sofá de mi casa y mi marido me tenía abrazada por detrás mientras veíamos una serie, él se reía con alguna secuencia cómica. Yo permanecía muy quieta, en silencio, de nuevo ese líquido, esta vez ya estaba preparada, tenía una compresa puesta, no me iba a asustar, era el hematoma. Cinco minutos después, mi marido me hizo levantarme. Sus ojos estaban desorbitados, el sofá y él mismo estaban manchados de sangre. Me obligó a ir a urgencias.

Todo seguía igual. Su corazón latía y el mío también.

Empecé a sangrar todos los días un poquito, siempre llevaba puesta una compresa.

Día tras día me encontraba cada vez más débil, las náuseas se intensificaron muchísimo, a veces me mareaba o me costaba respirar. Unas ojeras oscuras teñían mis ojos.

Recuerdo que, en la semana diez, me pasé una hora sangrando ininterrumpidamente, mientras apretaba los músculos del suelo pélvico con todas mis fuerzas. A pesar de ello, de mi cuerpo salió en un goteo continuo e incesante, ese líquido rojo viscoso.

Fui muchas más veces a urgencias. Me cambiaba la compresa con mucha frecuencia. Llegué a pensar que ponerme la compresa atraía la sangre y lo que ocurría era por mi culpa.

Cuando dos días antes de la revisión de las doce semanas eché varios chorros de un líquido que en nada tenía que ver con los anteriores, le resté importancia.

Un 31 de diciembre entré sola a la revisión de las doce semanas. Todo estaba adornado con motivos navideños dando un aspecto muy acogedor a la consulta. Supongo que, si no sabía lo que iba a pasar, al menos lo intuía. Esta vez sí estaba preparada. A veces algo dentro de ti sabe la verdad, aunque no la quieras aceptar. Cuando la ginecóloga me preguntó si había venido acompañada y me instó a que subiese mi pareja a la consulta, lo sabía.

La frase “no hay latido” no me llegó de sorpresa. No lloré. No pude. Habían sido muchos días de desvelo, de sufrimiento. Miré a mi esposo que se sujetaba a los brazos de la silla para no derrumbarse y le acaricié con dulzura la mejilla, intentando borrar su dolor. Él giró su preciosa cara. La que me enamoró el día que nos dimos nuestro primer beso. Y con lágrimas no derramadas me preguntó si estaba bien.

Todo había terminado.

Para ese entonces mi madre me había contado sus experiencias y las de mi abuela. Yo sería tan fuerte como ellas.

-Los resultados de la analítica de las doce semanas han dado alterados -indicó con tacto la ginecóloga. -Id a urgencias porque tendrán que realizarte un legrado -y bla, bla, bla.

No escuché más, mi atención se quedó fija en un adorno de Rey Mago que me miraba fijamente. No tenía que estar siendo fácil para aquella mujer decirnos esas cosas, pero recuerdo que fue muy dulce con nosotros.

En el hospital nos dejaron ir a comer las uvas a casa. Fue el año nuevo más triste de nuestras vidas. Al día siguiente ingresé para que me hicieran el legrado.

Y como la vida es así, dos plantas más arriba de donde me encontraba ingresada, una amiga daba a luz. Intenté aguzar el oído por si escuchaba el llanto de su bebé, pero para mi fortuna no lo logré. La envidia me corroía ¿Por qué ella sí y yo no?

Doy gracias al COVID-19, que impidió que tuviese que subir a ver a su bebé.

El día de Reyes me empecé a encontrar mal, más cansada, más molesta, e hice un pico de fiebre. Tras tomar un paracetamol, comencé a sangrar y empezaron a salir de mí restos de mi bebé. Todavía los veo entre mis dedos. Me asusté tanto que se me resbalaron de las manos y cayeron al inodoro. No sé por qué tire de la cadena. Al hacerlo, las lágrimas brotaron de mis ojos como fuentes que manan sin descanso. Me había convertido en un ser horrible y vil.

Desde entonces, no he vuelto a llorar. Algo en mí murió ese día.

En apariencia soy la misma mujer, mi nombre no ha cambiado, ni mi rostro, ni mi físico. Me sigo arreglando y sonrío. Ahora mismo me estoy comiendo un helado de nata tranquilamente, en la terraza de una heladería que está de moda. Soy una mujer más, entre tantas otras.

Mi bebé tenía una deformación y síndrome de Down y mi analítica se fue normalizando.

Muchos me han dicho que es lo mejor, que si no venía bien íbamos a sufrir nosotros y él. He escuchado demasiadas veces “eres joven, ya tendrás más hijos”.

Mi marido evita hablar del tema. A su manera intenta protegerme. Desde la pérdida, sus esfuerzos se enfocan en mi bienestar.

Mi madre dice que lo superaré, que el tiempo apacigua todo dolor.

Una de cada cuatro mujeres sufre un aborto, y yo, aun así, al igual que mi madre y mi abuela, no hablo de ello. Guardo luto en las profundidades de mi ser. Allí donde nadie llega.

Juro que te quería. Sé que te he fallado. Lo siento. Espero que puedas perdonarme. Nadie jamás te podrá sustituir, ni siquiera el ser que viene en camino. Espérame. Si existe un paraíso, mi abuela estará cuidando de ti y, cuando te vea, te daré todos los besos y abrazos que guardo en mi corazón.

FIN.

O quizás no...

Tu dolor, es el dolor, es el clamor silencioso de muchas generaciones de mujeres. Es la palabra que no se pronuncia para no incomodar. El grito

desgarrador silenciado a través de los siglos, de los años... Por eso, este relato va por ti.

A TI, NO MADRE.